

EL HOMBRE, ANIMAL PENSANTE

Dentro de la riquísima variedad de la vida en la Tierra encontramos como algo muy especial la presencia del Hombre, ciertamente parte del reino animal, pero con un nuevo modo de proceder que le sitúa en un nivel distinto y superior. Es necesario confrontar el problema de este modo de existir y actuar, para verlo en el contexto evolutivo y poder establecer los límites de explicaciones biológicas ante el hecho, tan complejo, de la vida inteligente.

Lo primero que debemos afirmar es la animalidad humana: toda la vida en la Tierra es, en realidad, un todo con características comunes. Aunque pudieron darse otros comienzos de vida que no prosperaron, todos los seres vivos actuales muestran tal similitud de caracteres y propiedades que se hace necesario aceptar un origen único: todos utilizamos los mismos aminoácidos, las mismas moléculas con la misma simetría (levógira), la misma molécula de ADN para la codificación genética. El metabolismo, basado en el agua, la química del carbono y la oxidación, es también el mismo en todas las especies, por muy distintos que sean sus entornos y su morfología corporal. Y todos los seres vivos tienen modos de proceder innatos, transmitidos por programación genética, que no presuponen aprendizaje, ni mucho menos consciencia. Estos instintos son tan necesarios para la supervivencia del individuo y de la especie que casi definen la vida animal, en cuanto determinan las funciones de alimentación, defensa y reproducción.

Para toda la actividad animal, es necesaria la interacción con el entorno: este es el papel de los sentidos: órganos materiales que responden a algún estímulo de tipo físico. Son casi universales las reacciones a la temperatura, la presión (contacto), a excitantes químicos (gusto y olfato), al sonido y la luz. Todo esto es aplicable al Hombre, con diferencias de grado con respecto a cada animal, como también se dan diferencias entre las diversas especies. Y aunque hay sentidos que nosotros no poseemos (por ejemplo el que permite a peces eléctricos el encontrar a su presa u obstáculos por su efecto en el campo causado por el animal) su naturaleza no es totalmente distinta, pues se apoyan en las mismas fuerzas -interacciones- de la materia.

Estructuralmente, el Hombre se encuentra entre los vertebrados, con un sistema nervioso centralizado en el cerebro y la médula espinal, y con los mismos órganos básicos que encontramos ya en los peces para la nutrición, circulación, locomoción, reproducción. La semejanza se acentúa al considerar los mamíferos, y, finalmente, los primates: el material genético humano coincide en un 98% con el del gorila. Lógicamente, si aceptamos el hecho evolutivo en todos los niveles inferiores, debemos también aceptarlo cuando miramos al organismo humano: no ha surgido independientemente, con novedad total, sino emparentado con toda la trama y la historia de la vida en el planeta Tierra, condicionado por los hechos únicos de su evolución desde hace miles de millones de años. Tanto así, que esta historia aparece como irreplicable: cualquier alteración de hechos concretos, desde el impacto de rayos cósmicos sobre el núcleo de una célula hasta el choque catastrófico de un meteorito gigante, cambiaría la evolución en formas imprevisibles. Ni es posible, por tanto, predecir la evolución en cualquier otro entorno, aun de planetas inicialmente muy semejantes a la Tierra.

Vemos, sin embargo, que líneas evolutivas diversas han llevado a resultados orgánicos semejantes: el ojo del pulpo es tan complejo y eficiente como el de los mamíferos, y lo mismo puede decirse de su sistema nervioso. Parece que hay una tendencia insistente en la materia viva para desarrollar nuevas formas y capacidades hasta los límites que permiten las fuerzas físico-químicas responsables de las estructuras y actividades biológicas, aunque tal tendencia

se realice por factores que, considerados individualmente, son aleatorios y sin finalidad propia. Esto es la aparente contradicción: el azar no puede ser razón suficiente de orden y comportamiento dirigido, y tal comportamiento es lo más obvio en el ser viviente.

INTELIGENCIA Y CONSCIENCIA

Como animal racional, el Hombre se especifica por el nuevo tipo de actividad que es el raciocinio, la utilización de conceptos abstractos: no se trata de una pauta de comportamiento, posiblemente comunicada por un aprendizaje mimético, sino de una valoración de ideas, que no son ni imágenes ni reacciones sensoriales a un objeto material individual. Aun en el caso de ideas acerca de lo material, se da un proceso de universalización: puedo considerar al elemento "Carbono" sin tener presente ni un solo átomo, ni haber visto jamás un objeto en que se encuentre, y lo que deduzco de su concepto debe ser aplicable siempre y en todo lugar a cada átomo real o posible de ese elemento. Tal es el fundamento de toda ciencia, que debe considerar lo general, más allá de los datos de observaciones individuales, y debe expresar su contenido con afirmaciones que tienen validez universal, aun en aquello que los sentidos no pueden percibir.

La existencia de ideas, adquiridas por abstracción, inferencia o deducción, permite buscar causas mediatas o inmediatas, razón suficiente, finalidad, valor estético o ético: todo lo cual se escapa a la actividad sensorial y no se encuentra en el reino animal en niveles no-humanos. Es en este quehacer donde encontramos la Filosofía, la Matemática pura, la Poesía; los logros más satisfactorios de lo que llamamos propiamente "cultura": un modo de entender la realidad propia y del Universo que nos rodea que lleva a manifestaciones de arte, búsqueda de explicaciones, estructuras sociales y religiosas. Y esta cultura se transmite por un proceso que utiliza símbolos arbitrarios en el lenguaje escrito y hablado, reforzado muchas veces por actividades significativas, de modo que cada generación se beneficia de los logros de sus antepasados en un proceso de aprendizaje que no se da en ningún grado en los animales de especie alguna fuera del Hombre.

La concatenación "ideas-significado-consciencia" presenta aspectos diversos de un único proceso que constituye la realidad de la vida racional. Un YO integrador de experiencias múltiples percibe la actividad sensorial, abstrae elementos comunes, sintetiza conceptos, determina su validez, escoge los medios de comunicarlos, goza de sus implicaciones de orden y armonía. En todo ello el sujeto se conoce a sí mismo como centro de actividad independiente, y este conocerse y conocer da lugar a decisiones de actividad claramente percibida como libre, hasta el punto que una idea puede ser apreciada de modo que lleve a un proceder totalmente contrario a los instintos más básicos: pensemos en todos los que han dado su vida por su fe, por su honor, por la patria.

El conocer es razón de actividad porque tiene consecuencias de valoración ética y afectiva: se busca lo que se ama y se percibe como bueno, aunque tal bondad sea totalmente distinta de ninguna satisfacción sensorial: Dios es la suma Bondad que ha llevado a los mayores extremos de amor y sacrificio desinteresado, aun en una fe que nos lo presenta como "totalmente Otro" y sin atributo alguno sensible o imaginable. La búsqueda de Verdad, Bondad y Belleza resume toda la actividad del Hombre como ser racional, impulsado hacia una realidad que no aparece en ninguno de los estratos de la materia, ni puede detectarse por ningún instrumento ni expresarse con ninguna medida ni atribuirse a ninguna de las fuerzas físicas.

La consciencia es, primeramente, el conocimiento reflejo del propio conocer y de los estados y decisiones que de él se siguen. Solamente conocemos de una forma muy imperfecta y casi externa nuestro propio organismo, aun el cerebro: su estructura, tejidos, neuronas, transmisión de señales, son descritos en una fisiología muy reciente, que utiliza los mismos instrumentos para estudiar el cerebro humano que el de los animales. Conocemos a la materia de nuestro cuerpo como sede de actividad sensorial, y aun en ésta es más evidente el estímulo que el órgano, al que debemos investigar laboriosamente. La materia no es consciente de sí misma en ninguna de las actividades orgánicas, ni siquiera en la actividad cerebral: no sabemos cómo se relaciona la actividad neuronal con el contenido de consciencia y pensamiento, ni cómo actúa ninguno de los órganos o las influencias que pueden darse entre biología y psicología.

En Física se DEFINE a la materia por sus interacciones: la totalidad material (partículas, energía, vacío físico, espacio y tiempo) es todo y sólo aquello que puede tener interacción por alguna de las cuatro fuerzas, gravitatoria, electromagnética, nuclear fuerte y nuclear débil. Cualquier otro significado que se dé a la palabra MATERIA debe justificarse por alguna descripción de actividad comprobable experimentalmente: no pueden incluirse en ese concepto otras propiedades más o menos arbitrarias para resolver cualquier dificultad en otros campos, o caeríamos en una utilización irracional del lenguaje.

Ateniéndonos a este rigor de los conceptos científicos, debemos especificar el tipo de actividad de cada fuerza, y sus límites como explicación de una realidad indudable. La gravedad da lugar solamente a procesos de contracción de la materia en astros de diversos tamaños, así como a sus movimientos en órbitas calculables con gran exactitud (al menos en principio) y a la producción de ondas gravitatorias, aunque éstas sólo se infieren en sistemas estelares y no se han podido detectar directamente. Las fuerzas nucleares mantienen unidas a las partículas pesadas del núcleo atómico o transforman unas partículas en otras, y tienen un alcance tan reducido que solamente son efectivas en radios de acción menores que el diámetro nuclear.

La fuerza electromagnética explica las atracciones y repulsiones responsables de la aparente impenetrabilidad de la materia, de su dureza y elasticidad, de la química y la estructura de cristales o tejidos vivos. Explica también la existencia y propagación de ondas aun en el vacío físico, desde ondas de radio a rayos gamma, incluyendo la luz visible; también la existencia de lo que llamamos campos eléctricos y magnéticos: modificaciones de las propiedades del espacio que influyen en la trayectoria de partículas con carga eléctrica. Es sin duda la fuerza de máxima variedad de efectos, y la que interviene en las funciones vitales, desde la actividad sensorial hasta la estructura del ADN.

Aun así, es claro que ninguno de los efectos indicados tiene como consecuencia ni la consciencia ni el significado ni el pensamiento abstracto. Mientras que todo lo anteriormente dicho permite la posibilidad de observación y medida cuantitativa con instrumentos adecuados, ningún número expresa la consciencia ni el valor de una idea o sus implicaciones éticas o artísticas. Podemos detectar la presencia de minúsculas corrientes en el cerebro durante períodos de actividad intelectual, pero ningún parámetro medible indica el valor de verdad o belleza de una idea. Cada neurona se comporta como un transistor cuya única función es el transmitir o bloquear una señal, pero que no determina en modo alguno su significado. Ni puede explicarse la autoconsciencia por el conjunto de corrientes eléctricas, aunque sean miles de millones las neuronas y sus conexiones: si cada señal o célula no tiene nada de consciencia, tampoco puede tenerla el conjunto. El pensamiento no es una secreción del cerebro como han intentado sostener autores que comienzan con el prejuicio filosófico (no científico) de que solamente puede existir la materia y sus procesos.

El conocido científico Stephen Hawking, en su libro ‘La Historia del Tiempo’, afirma que si se consigue la ‘Teoría del Todo’, que unifique las cuatro fuerzas en una sola descripción teórica y matemática, tal teoría debe ser capaz de predecir, en principio, que yo estoy leyendo su libro. Esta afirmación es totalmente gratuita: ni el autor ni científico alguno ha podido establecer una relación causal entre las fuerzas físicas y la libertad y consciencia del Hombre. Por el contrario, Roger Penrose (maestro y colaborador de Hawking) dice en ‘La Nueva Mente del Emperador’ que ningún grado de inteligencia puede atribuirse a ordenadores actuales o futuros: como meros conjuntos de dispositivos para el paso o bloqueo de corrientes, por muchos que se incluyan en el aparato, no darán lugar a inteligencia artificial en el sentido real de la palabra, ni a consciencia o libertad que presuponen verdadera inteligencia y pensamiento abstracto. Los ordenadores más complejos ni saben lo que hacen ni tienen iniciativa alguna para hacerlo, y pueden remedarse sus operaciones con sistemas meramente mecánicos, aunque sean mucho más lentos.

EL ORIGEN DE LA INTELIGENCIA

Por lo expuesto en la sección anterior, si ninguna de las fuerzas físicas puede ser razón suficiente de la consciencia y la inteligencia humana, es necesario en toda lógica el admitir otra causa distinta. Pero como son las cuatro fuerzas las que DEFINEN a la materia, esta nueva causa no puede ser materia. Una realidad no-material (espiritual) debe darse en el Hombre, íntimamente unida a su realidad orgánica, formando un todo capaz de dos órdenes diversos de actividad, con influjos mutuos ciertamente, pero con operaciones y resultados distintos. No se trata de un dualismo, en que se propone la coexistencia de dos seres básicamente independientes en un todo pasajero y forzado, sino de una dualidad real de elementos que se influyen mutuamente como partes de un todo sustancialmente llamado a existir como tal. Es verdad que resulta difícil entender esta unión y no sabemos explicar ni el influjo mutuo ni el hecho de la unidad de la persona a través de todos los cambios orgánicos, pero el no conocer la explicación no invalida el raciocinio que hemos presentado, y que solamente puede tener como alternativa la afirmación puramente gratuita de una quinta ‘fuerza’ de consciencia ya presente en las partículas elementales y capaz de crecer cuantitativamente con la complejidad de un sistema material. Tal suposición cambia la definición de materia más allá de los límites aceptables en las ciencias físicas.

Esto es, sin embargo, lo que implican más o menos claramente las posiciones totalmente evolutivas que tratan de explicar la inteligencia humana como la mera consecuencia necesaria de la mayor complejidad cerebral, determinada a su vez por factores tan secundarios como la postura bípeda, la capacidad fonética o simplemente el valor de supervivencia de la inteligencia. Es verdad que la inteligencia ayuda a la supervivencia del Hombre, pero esto es, en gran parte, porque, como organismo, el ser humano es muy indefenso en su etapa infantil tan prolongada, y sigue siendo muy falto de especialización en su edad adulta. De haberse desarrollado la inteligencia para superar tales limitaciones, el hombre primitivo no habría sido viable: es necesario aceptar la inteligencia desde el primer momento en que hay hombres que la necesitan.

Tampoco es argumento en favor de tal explicación el hecho obvio de la supervivencia, durante cientos de millones de años, de especies de inteligencia nula (en el sentido expuesto): desde insectos hasta dinosaurios han sido capaces de continuar y florecer en el planeta durante períodos mucho más largos que la edad del Hombre. Lo mismo podemos decir incluso de microorganismos, que son todavía, con mucho, la forma más abundante de vida en la Tierra.

Tampoco es razón satisfactoria de la inteligencia humana el sugerir que la postura, evitando la compresión del cerebro contra la espina dorsal, permite su desarrollo y así lleva a la inteligencia.

Ya queda expuesto el fallo lógico de atribuir la inteligencia solamente a una mayor complejidad cerebral, como si fuese el pensamiento una secreción de las neuronas; el segundo fallo lo vemos en el hecho obvio de animales que podrían haber desarrollado libremente el cerebro (por ejemplo el avestruz) y que no lo hicieron, o que sí tienen grandes cerebros, pero no son inteligentes, como el delfín y el elefante, ambos de mayor masa cerebral que el Hombre. Ni hay correlación entre tamaño e inteligencia en la raza humana; incluso se considera mayor la capacidad craneana media del Hombre de Neanderthal, y la tendencia de los últimos miles de años en el Homo Sapiens es hacia una disminución de masa encefálica, que no va acompañada de indicación alguna de menor inteligencia.

Más llamativa todavía es la inversión lógica de atribuir el desarrollo de la inteligencia a la posibilidad de emitir sonidos articulados, como si la posibilidad de lenguaje exigiese el tener algo que decir: ciertamente no es así cuando habla un loro, aunque pueda hablar en diversas lenguas como resultado de su entrenamiento. Ni es la estructura sintáctica algo previo al lenguaje y su contenido conceptual, sino al contrario: lo que se desea comunicar determina las formas en que se da la comunicación. No hay ni fonemas ni símbolos visuales que obliguen a un determinado contenido de ideas, y las mismas ideas pueden expresarse en lenguajes drásticamente diferentes en formas gramaticales y sintácticas, aunque pueda resultar más adecuado un lenguaje para algún contenido concreto, científico, filosófico o poético.

La “emergencia” de la inteligencia a partir de la materia solamente puede significar que estaba presente, sumergida, en etapas previas. Tal afirmación es gratuita, sin apoyo físico ni filosófico, pues no hay razón teórica ni base experimental para ella dentro de la ciencia, ni es compatible con el principio de razón suficiente cuando se da la definición adecuada de lo que entendemos por “materia”. Simplemente introduce una nueva palabra para decir, de una forma más velada, que solamente puede existir la materia y que toda actividad tiene que deberse a ella: un reduccionismo ya propuesto por filósofos antiguos, central al marxismo, y asumido de nuevo por las corrientes positivistas. Pero el cambiar las formas de decirlo no aumenta su credibilidad como explicación porque no introduce razón explicativa alguna: si se acepta esa postura, tiene que ser por prejuicio previo o por seguir a algún autor en forma poco crítica.

Variaciones en el emergentismo pueden llegar hasta proponer alguna programación inicial en el desarrollo de los organismos vivientes para que aparezca la inteligencia, incluso atribuyendo tal programación a agentes extra-terrestres. Una vez más queda sin explicar qué determina tal programación supuesta: cualquier forma de código genético o bien da lugar a estructuras orgánicas o a comportamientos instintivos, pero no a ideas ni operaciones mentales que no son de orden material. No es programable en un ordenador el que tenga consciencia ni libertad para elegir el tipo de actividad a desarrollar, aunque pueda programarse una reacción controlada por números aleatorios ante diversos datos recibidos del operador o de instrumentos.

Todavía puede insistirse en los ejemplos, tan abusados, de producción ciega de obras literarias o de significado por procesos deterministas o aleatorios: la permutación sistemática de símbolos alfabéticos llevará a escribir todas las obras literarias posibles en cualquier lengua con esos símbolos; la permutación aleatoria de unas pocas letras, llevará a la formación de palabras con significado. En estos casos se quiere afirmar que lo que parece exclusivo de la inteligencia puede darse sin ella, para luego atribuir su emergencia a procesos semejantes suficientemente repetidos durante mucho tiempo. En realidad tales ejemplos son falaces, pues presuponen que

las letras de un alfabeto y las palabras que con ellas se forman tienen contenido de significado por sí mismas, cuando es obvio que ocurre lo contrario: son signos arbitrarios que presuponen la creación consciente de relaciones entre los símbolos y su significado. Tiene que darse un lenguaje, un sistema de escritura, una gramática, y todo esto tiene que ser conocido por el que observa el resultado de cualquier permutación. De lo contrario, sólo habrá manchas en un papel.

Recordemos también, como ya queda indicado, que el azar no es un agente físico, sino el resultado de querer establecer relaciones entre objetos o sucesos realmente independientes. Por eso no es nunca razón explicativa suficiente, ni puede ser causa de constancia ni orden ni estructuración; el atribuir a la casualidad lo que muestra el grado sumo de complejidad y orden como es el conocimiento humano abstracto (que incluye toda ciencia, arte, filosofía) es, verdaderamente, renunciar a la racionalidad y terminar diciendo que la grandeza de la cultura humana se explica con un pueril “porque sí”.

El último refugio del reduccionismo materialista es la afirmación de una confianza ciega en futuros avances teóricos que podrán explicar la consciencia y la inteligencia en términos de las fuerzas y las estructuras de partículas a diversos niveles. No puede demostrarse que no ocurrirá así de una forma convincente para quien no quiere atenerse a rigor científico. Pero es claro que tal postura esconde en realidad un prejuicio que niega la misma metodología sobre la que pretende apoyarse: busca justificar una posición como científica sin tener ningún dato experimental que la compruebe con hechos conocidos o que puedan preverse como extensión de teoría alguna.

LEYES FÍSICAS Y LIBERTAD

Se afirma como incompatible la existencia de verdadera libertad humana y la posibilidad de ciencia cierta, y de tal incompatibilidad se deduce que no hay actividad libre. La razón aducida es la necesidad de predicciones ciertas para que haya ciencia, o, por el contrario, el reducir toda actividad a un caso del infinito número de probabilidades que se supone tienen que darse en cualquier situación. La persuasión humana de ser responsable de los propios actos, con sus consecuencias jurídicas y éticas, se descarta como una ilusión en ambos casos.

En la interpretación de la Mecánica Cuántica de tipo probabilístico se afirma que todo lo que es matemáticamente posible (probabilidad no-cero) tiene que ocurrir de hecho. Tal afirmación lleva a suponer infinitos universos, constantemente multiplicándose para acomodar todos los posibles valores de las funciones de onda de sistemas microscópicos o macroscópicos. La imposibilidad de comprobación experimental de tal postulado, además de su gratuidad, reducen esta explicación al ámbito de una “mitología” acientífica, que no necesita más refutación que la exigencia de pruebas para algo que ignora completamente la economía explicativa de la “navaja de Ockam”.

El conflicto entre libertad y predicciones ciertas se basa en querer reducir a leyes de la materia lo que no puede explicarse por ellas. Las leyes de la Física permiten describir el proceso detallado de flexionar un brazo, con las tensiones de músculos, el papel de tendones y huesos, el gasto de energía y sus fuentes, pero no puede explicar por qué el brazo se dobla cuando YO QUIERO. A esto se reduce el conflicto: la explicación física no es total en este caso, como no lo es en la descripción de la contemplación de una puesta de Sol y el placer que la acompaña, ni en el caso de una lectura poética o la comprensión de una fórmula matemática. El mismo Einstein, ante la pregunta de si creía que todo podría ser expresado en términos físicos, respondió que tal intento sería tan absurdo como describir una sonata de Beethoven como la

curva de variación en la presión atmosférica, resultado del sonido de los instrumentos. La realidad es mucho más rica, y ninguna metodología o modo de conocer es suficiente para cubrir toda su variedad.

Podemos también recordar lo que la moderna teoría del caos nos dice acerca de la predicción cierta en sistemas complejos: su variabilidad como consecuencia de pequeñísimos cambios en las condiciones iniciales hace que el estado futuro sea incognoscible a largo plazo. Ni siquiera es posible calcular la posición de los planetas en el sistema solar en períodos de millones de años, pues sería preciso conocer su posición actual con precisión de milímetros, y conocer también sus masas y velocidades con precisión comparable. No se destruye la ciencia por tales limitaciones, como tampoco se destruye por la imposibilidad, aun teórica, de conocer el comportamiento de la materia en un agujero negro.

El hecho de la libertad es el fundamento de la responsabilidad, sin la cual no puede haber sociedad humana a ningún nivel, ni puede haber concepto de deber, derecho, justicia. Es claro que ningún proponente de su negación quiere, en la práctica, aceptar sus consecuencias. Se queda así en una esquizofrenia absurda, negando con el comportamiento, y las exigencias que se hacen de los demás, aquello que se afirma dogmáticamente en el orden teórico.

Por ser sujeto de deberes, el Hombre es también sujeto de derechos, precisamente para garantizar su desarrollo como animal racional: derecho a los cuidados de la familia para la nutrición, crecimiento y educación, derecho a la libertad de actividades legítimas como individuo y en sociedad. Y por ser todos los seres humanos de igual dignidad en todos estos aspectos, no es nunca lícito el someter a una persona al capricho o el provecho de otra u otras: esclavitud, aborto, eutanasia, manipulación genética, niegan esta dignidad que el Hombre no recibe de la sociedad ni de ningún consenso más o menos pasajero, sino de su propia naturaleza y su Creador, con lo cual es patrimonio inalienable de cada individuo.

ESPIRITU Y MATERIA

El concepto de realidad no-material como explicación de la inteligencia es equivalente a la afirmación de un alma, espíritu, que no entra dentro del marco de fuerzas y leyes físicas, ni es imaginable en modo alguno, aunque sea comprensible como la causa suficiente de consciencia, inteligencia y libertad. Su existencia no puede justificarse por ningún modo de transmisión ligada a la herencia genética, pues al no tener estructura material no puede dividirse ni reproducirse con ninguna "materia prima" del entorno: es necesario acudir al concepto estricto de "creación" directa por un Ser también espiritual, pero de potencia infinita (exigida por toda creación, aun de materia). Y esto es aplicable a la creación de cualquier persona individual, así como a la raza humana.

El momento y situación histórica de esta creación de la humanidad nos son desconocidos. Puede darse una etapa muy larga de existencia humana sin que queden restos arqueológicos que lo indiquen: aun hoy se dan tribus que no utilizan la piedra, sino solamente la madera (en la jungla) y que no dejan huella permanente de su paso, aunque son tan inteligentes como cualquier otro ser humano moderno. La primera prueba irrefutable de humanidad la tenemos cuando se dan instrumentos complejos, incluso decorados con incisiones o colores; pinturas rupestres, en muchos casos de gran calidad artística; enterramientos que solamente son comprensibles como consecuencia de una intuición de un "más allá" con algún modo de supervivencia.

Este deseo de supervivencia es característico del Hombre en todas las culturas: a pesar de la experiencia obvia de la muerte y corrupción, en apariencia como la de los demás animales, se dan ideas religiosas que incluyen de algún modo la negación de nuestra propia caducidad. Ese YO que permanece a través de todas las vicisitudes de la vida permanecerá también tras el misterio de la muerte, no solamente en la memoria o en la descendencia familiar, sino en una realidad invisible pero, en muchos casos concebida con actividad semejante a la de la vida ordinaria. Y esta supervivencia se considera ligada a ceremonias o enterramientos adecuados aun en muchas culturas actuales.

Es digno de ponderar el hecho de que en nuestra época la producción y transmisión de datos, la informática, es la tecnología de mayor vitalidad e importancia en todas las sociedades desarrolladas: algo intangible y sin propiedades físicas viene a ser el índice de progreso. Pero hay quienes hablan del Hombre y de su supervivencia en términos tan materiales que llegan a afirmar la "inmortalidad" de un enfermo porque se mantienen en un cultivo de laboratorio las células del cáncer que causó su muerte, o se sugiere como equivalente a la existencia real el tener en algún tipo de memoria electrónica la información genética de su ADN, como si una cantidad cualquiera de dominios magnéticos fuese igual a la entidad de la persona, sin dar valor alguno a sus ideas y logros en los campos del saber, el arte o la ética, y a las relaciones con otros seres humanos. Es un punto de vista más limitado que el de nuestros antepasados de hace miles de años que ya honraban a sus muertos con ofrendas en las tumbas de la Edad de Piedra.

Como pregunta final en este tema, podemos considerar la evolución futura de la humanidad. No se ha dado evolución orgánica en la historia del Homo Sapiens, que cubre un tiempo corto dentro de la evolución de especies vivientes. Por ser el Hombre capaz de modificar su entorno, la presión de adaptación no actúa como agente selectivo, y esto será cada vez más obvio según avanza la tecnología que permite la vida humana en cualquier entorno. Tampoco es verdadera evolución en sentido biológico ni la capacidad de comunicación por toda la Tierra ni la disponibilidad de medios culturales: no hay una consciencia planetaria verdaderamente tal, como no hubo nunca consciencia tribal; sólo el individuo es consciente. Y cada niño al nacer en nuestra época es indistinguible de los que nacían hace 20.000 años en las cuevas de Altamira.